

58B281 + 1986

DIREZIONE GENERALE
OPERE DON BOSCO
VIA DELLA PISANA, 1111



Roma, 12 de octubre de 1986

Queridos hermanos:

El día 1 de agosto p.p., apenas finalizado su primer año de servicio a la Inspectoría de S. Francisco Javier, de Bilbao, falleció en Madrid

Don HILARIO SANTOS de DIOS *Inspector*

participando así *con plenitud en la Pascua de Cristo* (Const. 54).

Durante los Ejercicios Espirituales que prediqué a los Inspectores y Directores de la Península ibérica, la última semana de abril – en el Centenario de la Visita de Don Bosco a Barcelona (1886-1986) – noté que don Hilario comía poco y estaba muy desmejorado. Le animé a hacerse examinar por especialistas, aunque no podía sospechar la gravedad de su mal. Fue su hermana Juanita, la que le obligó, al pasar él por Madrid, donde ella vive con sus padres, a ir al hospital para hacerse una revisión a fondo. Con dolorosa sorpresa se descubrió que su estómago se encontraba completamente invadido por el cáncer.

Su hermano Eugenio, investigador del cáncer en Estados Unidos, regresó inmediatamente para estar junto a Hilario y para comprobar lo irremediable del caso: «tumor maligno que invade todo el estómago y avanza imparable... No hay esperanzas de salvación».

El buen salesiano, consciente de la delicada situación, llamó por teléfono al Vicario Inspectorial, en Bilbao, para comunicarle: «Mañana me operan: me quitarán todo el estómago. Esto es grave y me he puesto en las manos de Dios».



Toda la Inspectoría se sintió más unida que nunca para rezar por el amado enfermo. Se suspendieron las celebraciones, que estaban preparadas por cumplirse los 25 años de la Inspectoría, y en las que iba a participar el Vicario General, don Gaetano Scrivo.

Don Hilario fue operado de estómago. En días sucesivos, una serie de infecciones hizo necesarias otras cuatro intervenciones quirúrgicas. De este modo pasó 23 días en reanimación, sufriendo dolores físicos y morales, soledad y, a veces, estado de inconsciencia. El retorno a la habitación normal de la clínica le devolvió alguna esperanza. En su agenda, después del resultado de la primera operación, había escrito: «Convencido de tumor maligno, cáncer; lo asumo, pero lloro. Pienso que ahora saldrá todo bien, aunque convencido que es poner un plazo definido a mi vida. Lo acepto con la cabeza, pero el cuerpo se resiste. Por eso creo que Don Rico (el Consejero Regional) debe pensarlo y decidir también el inspectorado. Yo ahora pienso en dos años».

A mediados de julio, algo mejorado, va a casa de sus padres para reponerse y cobrar fuerzas, antes de someterse al tratamiento de quimioterapia. Transcurridos unos días bastante tranquilos, vuelve a sentirse mal. Hubiera preferido permanecer en casa, al lado de sus padres y hermanos, pero tuvo que resignarse a volver al hospital, repitiendo: «Hágase, Señor, tu voluntad». El lunes, 28 de julio, se puso de nuevo en manos de los médicos, impotentes para detener el curso de la enfermedad, y en la madrugada del 1 de agosto expiró. Tenía 44 años de edad.

El funeral se celebró al día siguiente en el santuario de María Auxiliadora de Madrid, presidido por el Consejero Regional y con la participación de los Inspectores de España y de más de un centenar de sacerdotes. Numerosos salesianos – sobre todo de Bilbao y de Madrid –, Hijas de María Auxiliadora con sus tres Inspectoras y amigos de la Obra Salesiana ocupaban gran parte del inmenso templo. Se multiplicaron los telegramas de adhesión y condolencia. Sus restos mortales fueron trasladados al panteón salesiano del cementario de Carabanchel Alto.

A lo largo de los últimos meses de su vida recibió todas las atenciones posibles. Aparte de la presencia de sus padres, hermanos y parientes, el personal de la Central Catequística y de las Inspectorías de Bilbao y Madrid permaneció constantemente a su lado. Don Hilario agradecía las visitas y los cuidados. También yo me siento en el deber de agradecer a todos, – a las Salesianas, a los médicos y enfermeros del hospital de la Princesa –, cuanto han hecho por el querido Inspector de Bilbao.

Datos biográficos

Hilario Santos había nacido en Salamanca el 3 de junio de 1942, recibiendo el 15 del mismo mes el bautismo en la parroquia de S. Juan de Sahagún. Su familia – cristiana de verdad –, de condición humilde, habitaba en la trastienda de un pequeño comercio de ultramarinos; la madre despachaba en la tienda y el padre trabajaba de ferroviario.



A los cuatro años comenzó a frecuentar la escuela maternal de las Salesianas, donde su hermana Juanita estudiaba algún curso superior. Su timidez movió a sus tíos a llevar al niño al pueblo de Zamayón. Allí el pequeño Hilario se sentía feliz: iba a las clases del colegio nacional con miras a prepararse bien para ingresar en el colegio salesiano de Salamanca cuando cumpliese los nueve años. El maestro de Zamayón, don Miguel Segurado, sintió la ida del chico, porque – a su juicio – era de lo más inteligente, estudioso y bondadoso que había conocido. En aquellos años – asegura su hermana – «se distinguía por su gran piedad: le recuerdo todas las noches, al acostarse, rezando de rodillas al lado de su cama; los domingos ayudaba a la Misa como monaguillo; creo que pasaba toda la semana pensando en ponerse la sotanita, que le hacía muchísima ilusión. Tomó la Comunión a los ocho años, en Zamayón, el 28 de mayo de 1950».

En el colegio de Salamanca estudió los cuatro primeros cursos de bachillerato e hizo la reválida. Siempre en el Cuadro de Honor, disputaba el primer puesto con otro compagñero. Gozaba de un carácter envidiable, de gran bondad y paciencia, capaz de tolerar – hasta lo indecible – molestias de compañeros desaprensivos, y no por carecer de valor para defenderse, sino por dolerle mucho más hacer sufrir o golpear a alguien.

Dos meses antes de morir, al preguntarle un antiguo alumno de Pamplona por el origen de su vocación, el respondió que «en muchas ocasiones la vocación la preparan los padres; se gesta lentamente en el ambiente familiar por su buen hacer cristiano y humano, y ello florece en los hijos». Hilario sintió la llamada del Señor en el colegio de María Auxiliadora de Salamanca, siempre fecundo en vocaciones. Tenía 14 años cuando pasó al aspirantado de Arévalo para prepararse al noviciado, que hizo en Mohernando, en el curso 1957-1958, concluyéndolo con su primera profesión el 16 de agosto de 1958. A los estudios filosóficos, cursados en Guadalajara (1958-1961), siguió el trienio práctico: en Bilbao-Deusto, durante dos años con los jóvenes de la Escuela Profesional, y en Santander, un año, con estudiantes de bachillerato. El 3 de agosto de 1964, en Pamplona, hizo su profesión perpetua.

Durante los años 1964 al 1968, en el teologado de Salamanca, se preparó con seriedad al sacerdocio. Los escrutinios, conservados en el archivo inspeccional, marcan una línea positiva constante, que puede sintetizarse en este juicio de sus formadores, al final de la teología: «Bueno, bien dotado, activo, de gran valor; será capaz de hacer mucho bien».

Ordenado sacerdote, en Salamanca, el 3 de marzo de 1968, la casa de Bilbao-Deusto volvió a recibirlo y aprovechó sus servicios educativo-pastorales, mientras que él asistía a la Universidad para obtener la licenciatura en Ciencias Químicas.

Al finalizar los estudios universitarios – con sus 31 años –, la obediencia le pidió una responsabilidad delicada y difícil. Fue mandado a dirigir la Escuela de Ingeniería de Alza, en Rentería: una obra, entonces en situación muy conflictiva. Hilario con su prudencia y su buen hacer resolvió los problemas a entera satisfacción de todos. Salió de allí, a los cuatro años, cuando la Congregación consideró oportuno retirarse de aquel Centro (1977).



Pasó a la casa de formación de Urnieta, aspirantado para los cursos de bachillerato y de formación profesional. Tras dos años de coordinador de estudios y otros dos de vicario de la comunidad, fue nombrado director: aquí vertió de nuevo sus talentos a fin de conseguir los mejores resultados en la formación de aquellos aspirantes. Con razón se ha afirmado: «¡Hilario ha sido uno de los grandes pilares del Seminario de Urnieta!».

Estimado y querido por la comunidad y los jóvenes, a los dos años tuvo que dejar Urnieta para asumir la dirección de las escuelas profesionales de Pamplona (1983), casa muy compleja y entonces en difícil situación, al haberse suprimido el convenio con la Diputación Foral. Don Hilario era el hombre adecuado por su cualificación y por su experiencia, a pesar de su juventud: ¡también en Pamplona – con sólo dos años de estancia – dejó huellas de buen director salesiano!

En 1985, al expirar el sexenio de Inspector don Matías Lara, el Rector Mayor, visto el resultado de la consulta, nombró a don Hilario Inspector de Bilbao. Tomó posesión de su cargo el 14 de julio del pasado año, precedido de la reputación de hombre competente, prudente y bueno, y gozando del afecto sincero de toda la Inspectoría, que había puesto en su gobierno las más halagüeñas esperanzas. Pronto, sin embargo, aparecieron los brotes del mal. Ya en enero comenzó a sentir dolencias en el estómago, con pérdida progresiva de sus fuerzas. El Señor lo encontró maduro y preparado.

Rasgos característicos de su personalidad

El espíritu que animó su vida fue estimulante y atrayente. Para individuar algunos de sus rasgos me sirvo de sus pocos escritos y de los testimonios, aportados por quienes lo conocieron «como amigo y compañero, religioso y sacerdote, educador y animador». Así su figura se nos presentará mucho más cercana y auténtica.

Su personalidad «se levantaba sobre una gran base humana» y de cordialidad

Apreciación unánime: Poseía «unas excelentes cualidades intelectuales, que supo poner siempre a disposición de los demás». Hombre de «mente clara y calculadora», intuitivo, «enjuiciaba las situaciones con una óptica amplia..., se diría que preveía los acontecimientos... siendo capaz de afrontar los problemas con visión de futuro». ¡Tal capacidad de intuición ha iluminado constantemente su ministerio de animación y gobierno!

Esa aparente frialdad exterior, esa seriedad natural custodiaba «una sonrisa interna y una bondad» de corazón exquisitas. Gozaba en ser AFABLE con todos. «En este campo – anota un compañero – me parece que realizó un progreso más que notable, sobre todo en los años de Filosofía..., haciendo comunidad y transmitiendo alegría a todos los que le rodeaban». Luego, a pesar de las dificultades y de los momentos difíciles por los que pasará no solo en su enfermedad sino en su misión educativa y animadora, «dejará traslucir constantemente el optimismo y la alegría». No ha de extrañar, pues, que cuando se



hablaba de la Congregación, a la que manifestó «un gran amor», no gustase «la fácil murmuración o el derrotismo».

Actitudes, que se encontraban alimentadas por la SENCILLEZ – a simple vista – evangélica. «Creo que este es un rasgo muy sobresaliente en Hilario – subraya uno de sus íntimos –. Siendo inteligente y con buenas cualidades, sabía no darse importancia; aún más, trataba siempre de ensalzar y poner de manifiesto ante los demás cualquier cosa de mérito que hubieras hecho o una cualidad que hubiera descubierto en ti... Esa sencillez y esa atención al otro lo hacían ser estimado como un compañero de excepción».

Vienen señaladas otras cualidades humanas, tan en sintonía con los elementos del espíritu salesiano: su gran capacidad de acogida, su cercanía, su facilidad para el diálogo. «Comunicativo y abierto, se ganaba enseguida la confianza del que se acercaba a él para hacerle una consulta o simplemente para charlar». Siempre atento a las necesidades de los hermanos, fue particularmente sensible con los salesianos enfermos y ancianos. «Comprensivo con todos, tanto jóvenes como ancianos, dejó en ellos un grato recuerdo que no han olvidado ni olvidarán». Su afectividad, penetrada de extraordinario equilibrio, será a lo largo de su vida la «de un amigo, hermano y padre» (Const. 15), haciéndose «razón y amabilidad» en la corrección fraterna y «amabilidad y confianza» en la animación de comunidades locales y, últimamente, de la comunidad inspectorial. Lo refleja la sugerencia, con que anunciaba su única Visita Canónica: «Vuestra amabilidad suplirá mi inexperiencia. Estoy seguro de que, una vez más, podré constatar y disfrutar del espíritu de familia, propio de nuestro espíritu».

Su «consagración apostólica» (Const. 3)

Puede quedar radiografiada en este juicio: «Ejemplar, austero, exigente y piadoso religioso salesiano. Vivía la dimensión salesiana en toda su riqueza. Los valores salesianos tenían siempre preferencia en él. Era auténtico como salesiano».

Don Hilario «fue un hombre RELIGIOSO de intensa vida interior» y cualquiera que estuviese a su lado lo percibía. Irradiaba su interioridad en «la fortaleza y fe de un religioso íntegro» y la expresaba con «una piedad sencilla, sin aparatosidades, pero profunda». Un compañero de juventud salesiana recuerda que «vivía intensamente la liturgia». Como educador de la fe, ¡qué bien supo «educar en el gozo de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta»! (Const. 17).

Es sintomático que el primer *mensaje* – como Inspector – remitido a sus «queridos hermanos», lo abra precisamente con esta idea: «Los tiempos actuales, con la sobrestima de todos los valores naturales, humanos..., favorecen el progreso de la superficialidad espiritual... Necesitamos, en contrapartida, ahondar la dimensión contemplativa de nuestra vida religiosa, hacer consciente, día a día, la gracia de consagración que Dios nos hizo y renueva en la vida religiosa, aceptando de buen grado el esfuerzo de interioridad e intimidad con Cristo, al que somos convocados».



La actividad del *enviado* aparecía en él como fruto natural de la «seuela Christi» del *consagrado*.

Don Hilario – prosigue el testigo antes citado – «fue un salesiano APOSTOL, con iniciativas, con garra y queriendo mucho a los jóvenes». Todos están acordes en admitir que el objetivo de su vida «eran los jóvenes»; su ilusión, el «saber estar con ellos»; su preocupación, «el bien de los jóvenes»; y su único blasón, el haber sido «signo y portador del amor de Dios a los jóvenes» (Const. 2). En sus años de formación no se dejó aprisionar por el mero cumplimiento del deber, «sino que, dadas sus cualidades, supo compaginarlo con la dirección de grupos, el canto en el coro, el aprendizaje de lenguas, la práctica del deporte, negociando con los talentos que había recibido del Señor», puestos a disposición de su futura misión. Y ahora lo recuerdan: en Baracaldo llevando los grupos de ADSIS; en Deusto al frente del Círculo Juvenil; en Urnieta como «pastor bueno, vigilante por el bien de los aspirantes»; y en Pamplona pendiente de la formación de la comunidad educativa.

Hombre realista, don Hilario comprende que, hoy por hoy, nuestra misión en España ha de contar con la escuela pastoralizada, como ambiente de evangelización, y – en su primer *mensaje* – insiste en la urgencia de actualizar «la criterología del Sistema Preventivo... que evangelice educando y eduque evangelizando», puesto que «los jóvenes esperan de nuestras comunidades una pedagogía que facilite la maduración de una fe decidida, valiente y comprometida». Tanto más cuando, preocupado e interesado por el problema de la promoción y pastoral vocacional, estaba convencido que la adecuada aplicación del Sistema Preventivo «es la mejor siembra que se puede hacer para obtener del Señor el regalo de vocaciones identificadas con el carisma joven de Don Bosco».

Hijo bueno y fiel

Su vida podemos considerarla un testimonio ejemplar de pertenencia entrañable a nuestra Congregación, ofrendado de forma concreta en la comunidad inspectorial de Bilbao, y – como él mismo requería insistentemente en la animación de la Inspección – con un «servicio generoso, sacrificado y responsable».

Los gestos expresivos se multiplican.

Cabe destacar «la gran disponibilidad», apreciada en la pronta aceptación de aquellos cometidos y misiones que los superiores le han pedido. Ahí están si no los cargos, – difíciles en sí mismos o por las situaciones que hubo de afrontar –, desde que finaliza sus estudios sacerdotales y universitarios hasta el cargo de Inspector. Tengo la impresión de que en todo momento supo aceptar sin reparo tales servicios a la Congregación porque, aun sin descartar las posibles dificultades, supo ver en ellas la voluntad de Dios. Disponibilidad continua y eficaz, en vista a la aceptación del servicio supremo – la ofrenda de su vida aún joven – cuando conoce la gravedad del mal: ¡Que en todo se haga la voluntad de Dios!

Su «gran sentido de la responsabilidad», destacado en los testimonios, viene matizado en expresiones como éstas: «Trabajador incansable», «servi-



dor amante e incondicional a la Congregación». «Exigente consigo mismo, no pactaba con medias tintas, con la mediocridad: la exigencia era norma, hábito de su vida, camino vivencial de sus valores religiosos y salesianos». Y ya superior, esta exigencia se trocará en «celo pastoral por ayudar, comprender o disculpar caritativamente los fallos de los hermanos pero sin omitir el consejo, la corrección y la animación».

La exigente fidelidad a nuestros compromisos religiosos y salesianos la ve realizada – y, por esto, la inculca con ardor – en la observancia de las Constituciones, nuestro «libro de vida» (Const. 196): «Ellas son *vida*, escribe. También hoy Cristo, a quien seguimos y con quien trabajamos en la construcción del Reino (Const. 3), nos susurra: “*Haz esto y vivirás*”. Ellas son *nuestra vida*... Urge conocerlas en profundidad y plenitud, asimilar la identidad salesiana que brindan, seguir, sin desvío, el camino evangélico que delimitan».

Su servicio, como Inspector – por lo que he podido percibir a través de su correspondencia y contactos personales – abarcaba y orientaba todo el *Proyecto de Vida y Acción* del curso 1985-1986. La renovación de la vida salesiana, propia de estos años de la asimilación de las nuevas Constituciones, encontraba en él al salesiano «modelo» y al sereno animador; los problemas de la escuela, provenientes de la actual legislación, tenían en él a la persona que luchaba al máximo por la defensa de los derechos de la juventud; la misión pastoral entre los jóvenes, la preocupación por todas las etapas de la formación inicial, el cuidado de la Familia Salesiana y la consolidación de las misiones de Benín estaban recibiendo de su «servicio generoso, sacrificado y responsable» un empuje esperanzador.

Podemos descubrir su *testamento espiritual* en el detallado y precioso testimonio, transcrito por don Eusebio Castrillo, salesiano coadjutor, que lo ha atendido durante la larga enfermedad. En su conjunto recoge la llamada del artículo 54 de las Constituciones: Ha sabido «dar a su vida consagrada la realización suprema».

Leamos, compendiado, lo más sobresaliente:

«En dos meses y medio de enfermedad jamás dijo un ¡ay!... Tenía medio cuerpo comido por el cáncer, lleno de drenajes y tubos – [¡semejaba un Cristo azotado!, comenta] – y, sin embargo, cuando las visitas le preguntaban cómo se encontraba, siempre respondía: “Estoy bien..., mejor..., tranquilo”, y añadía, si se trataba de un sacerdote: “Dame la bendición de María Auxiliadora y que sea lo que Dios quiera”...

La víspera de las ordenaciones de los sacerdotes de su Inspectoría [21 de junio] les escribió una postal, teniendo un rasgo de aceptación y abandono preciosos...

La penúltima noche fue de verdadera prueba: “Se me parte la espalda; me muero de fatiga, de angustia, de congoja, de asfixia...; el silencio de Dios me produce tristeza – [semejante a la de Jesús en Getsemaní] – ... El que allí estaba, le parecía ver la repetición de la pasión y muerte del Señor... El último día estuvo ya sereno... El dr. Prieto, que lo asistió hasta



que expiró, decía: "Hoy he recibido la mayor impresión de mi vida"... Gracias, don Hilario, porque nos has enseñado cómo tiene que comportarse un enfermo santo... ¡Gracias a ti, María Auxiliadora, por esta muerte de tus predilectos hijos salesianos!».

Sí, gracias a María Auxiliadora, a la que don Hilario siempre contempló «maternal y cercana», bendiciendo – como «la mejor Maestra» – «nuestra entrega y dedicación» a la juventud.

Queridos hermanos, el Señor ha llamado a don Hilario en su plenitud de vida y también en plenitud de esperanza.

Su muerte ha silenciado las celebraciones externas de las Bodas de Plata de la Inspectoría de Bilbao, pero no puede silenciar su mensaje, expresado en aquel ruego al Vicario Inspectorial: «Pide para que el Señor acepte mi sacrificio como señal de unidad y fidelidad de nuestra Inspectoría». ¡Gracias, don Hilario, por tu hermosa lección de fidelidad a Jesucristo y de amor a Don Bosco!

Su muerte nos invita a rezar por él, pero, aún más, nos estimula a vivir con generosa fidelidad las Constituciones, que atesoran los compromisos de nuestra consagración apostólica.

Pidamos a María Auxiliadora interceda ante el Padre para que envíe hermanos de la talla humana, espiritual y salesiana de don Hilario.

Cordialmente en el Señor

Don Egidio Viganò
Rector Mayor

Datos para el necrologio

Don Hilario Santos

nacido en Salamanca el 3 de junio de 1942, fallecido en Madrid el 1 de agosto de 1986, a los 44 años de edad, 28 de profesión y 18 de sacerdocio. Fue por 8 años Director y por 1 Inspector.